3.
Inmadurez, egocentrismo y estupidez

Si la estupidez no es reducible a una insuficiencia intelectual, resulta necesario profundizar en sus posibles raíces formativas. La revisión realizada hasta aquí permite formular una hipótesis conceptual de interés pedagógico: la estupidez no es una realidad primaria o autónoma, sino una manifestación derivada de procesos más profundos relacionados con la inmadurez, el ego(centrismo), la ignorancia ignorada y la estrechez de conciencia. Por ello, suele expresarse como incapacidad para reconocer los propios límites, dificultad para la duda (Herrán, 1998b), para revisar las propias certidumbres, para aprender de la experiencia, para desprenderse de condicionamientos y adherencias, para abrirse a otras perspectivas y, en definitiva, para educarse. Por ello, la cuestión central deja de ser cuánto sabe una persona para pasar a ser cómo se sitúa ante sí misma, ante los demás, ante el conocimiento y ante la realidad.

La inmadurez social generalizada constituye un fenómeno humano ampliamente extendido. Ningún ser humano nace maduro y la madurez personal rara vez se alcanza de forma plena o definitiva (Osho, 2015). La evolución personal y social puede entenderse, en parte, como un proceso de progresiva superación de formas diversas de inmadurez. Sin embargo, la madurez interior no depende exclusivamente de la genética, de la educación recibida, de la edad biológica ni de la acumulación de experiencias. Tampoco deriva automáticamente de la escolarización, de la instrucción o de la adquisición de conocimientos, competencias, títulos o acreditaciones. Una persona puede alcanzar elevados niveles de formación académica o de cualificación profesional y continuar manifestando formas significativas de inmadurez personal y social. Por ello, la madurez no puede identificarse con el saber, el éxito, la experiencia o la posición social, sino con transformaciones más profundas relativas a la conciencia, el juicio, el autoconocimiento y la capacidad de educarse.

Desde la perspectiva educativa, la inmadurez puede manifestarse de múltiples maneras: dependencia excesiva del reconocimiento externo, resistencia a la crítica, dificultad para revisar las propias convicciones, necesidad de reafirmación permanente, rigidez de pensamiento, escasa tolerancia a la frustración o incapacidad para contemplar perspectivas diferentes de las propias. Ninguna de estas características equivale por sí sola a la estupidez. Sin embargo, todas ellas crean condiciones favorables para su aparición y consolidación.

La relación entre inmadurez y estupidez adquiere relevancia cuando se constata que muchas formas de comportamiento estúpido son favorecidas por una pseudocomprensión o por una comprensión insuficientemente desarrollada de uno mismo y de la realidad. En una dirección afín, Schopenhauer (2026) advirtió la facilidad con que los seres humanos pueden quedar sometidos a ilusiones, autoengaños, deseos e intereses que condicionan su percepción del mundo y dificultan el autoconocimiento. Del mismo modo, Nietzsche (2011a, 2011b) criticó la tendencia a refugiarse en creencias, valores y certezas heredadas que proporcionan seguridad psicológica, pero limitan la autonomía del juicio y la posibilidad de una comprensión más profunda de sí mismo y de la realidad. En este marco,

la estupidez no sólo tendría relación con lo que se sabe o se ignora, sino también con la manera en que se interpreta, justifica y vive la propia experiencia.

En este punto emerge el papel del egocentrismo. La literatura pedagógica ha prestado tradicionalmente más atención a sus manifestaciones evolutivas infantiles que a sus expresiones adultas. Sin embargo, el egocentrismo puede persistir bajo formas mucho más sutiles y complejas. Desde el ERI, el egocentrismo constituye una característica ampliamente presente en la vida adulta. El ego (abreviatura de egocentrismo), más allá y más acá de la autoestima, la identidad o la personalidad, se refiere, más bien, al conjunto de identificaciones, condicionamientos y mecanismos de autoafirmación que dificultan una comprensión más amplia de uno mismo, de la realidad y del otro (Herrán, 1995, 1997, 2014b; Herrán & González, 2002).

La interpretación propuesta por Erdmann (2007) converge con esta perspectiva. Según este planteamiento, la estupidez aumenta conforme disminuye la capacidad de adoptar puntos de vista diferentes al propio y de comprender la pluralidad de perspectivas existentes. La figura del individuo encerrado en su propio horizonte constituye una imagen particularmente sugestiva para la comprensión pedagógica del fenómeno (en Gómez Ramos, 2014). Desde esta óptica, el egocentrismo podría considerarse como una de las raíces formativas más importantes de la estupidez. Así, el individuo egocéntrico es el más claramente potencialmente estúpido. No sólo sitúa su propia perspectiva en el centro de la realidad, sino que encuentra crecientes dificultades para trascenderla y converger con otras miradas. Ello reduce progresivamente su capacidad de comprensión, aprendizaje, eliminación, autocrítica y rectificación. La realidad deja entonces de presentarse como un ámbito abierto a la exploración para convertirse en una prolongación de sus propias creencias, expectativas, deseos e intereses. Este fenómeno resulta especialmente relevante porque puede afectar a cualquier agente educativo y expresarse de formas distintas según los ámbitos y contextos de actuación.

La existencia de estas dinámicas permite comprender por qué la educación no inmuniza necesariamente frente a la estupidez. Elevados niveles de escolarización, instrucción o especialización pueden coexistir con formas significativas de necedad, dogmatismo o comportamiento estúpido (Musil, 2007; Bonhoeffer, 2018). Desde una perspectiva pedagógica, esta constatación resulta relevante: si la estupidez no desaparece mediante la simple transmisión de conocimientos, entonces la educación debe ampliar sus objetivos, enfoques y cotas de ambición pedagógica. Sería preciso incorporar procesos orientados al autoconocimiento esencial, a la conciencia de ignorancia, a la revisión crítica de las propias posiciones y a la progresiva reducción de formas de egocentrismo e inmadurez.

La hipótesis deducible de estas reflexiones es que la estupidez constituye sobre todo un problema formativo. Se relaciona menos con la cantidad de conocimiento disponible que con el modo de situarse ante él, aprenderlo, desarrollarlo y emplearlo. De esta manera, la inmadurez y el egocentrismo no serían fenómenos periféricos para la educación, sino algunas de las condiciones radicales más relevantes para comprender la persistencia de la estupidez en individuos, grupos, instituciones y sociedades. Por ello, una Pedagogía interesada en la formación externa y profunda no debería limitarse a reparar en las manifestaciones más visibles de la estupidez. También habría de explorar las condiciones que favorecen su surgimiento, desarrollo y permanencia.

Si esta hipótesis es correcta, la estupidez no constituiría un fenómeno excepcional ni marginal, sino una posibilidad humana y educativa presente, con diferentes grados y

expresiones, en todos los ámbitos de la educación. Resulta pertinente, por tanto, examinar algunas de sus manifestaciones educativas más significativas.